

## **Antropología: Visión teológica y amigoniana.**

(Documento construido por el docente Nixon F. Muñoz Muñoz para el curso virtual identidad amigoniana nivel II)  
FUNLAM: Medellín febrero 18 de 2013

### Lectura 2.

La antropología cristiana busca mostrar a un Dios personal que se interesa por la totalidad del hombre en su plenitud, así, la finalidad de Dios en cuanto al hombre se refiere, es afirmar y confirmar su vida, es decir, Dios no puede ser visto en ningún momento como el que busca esclavizar o poner al hombre a su servicio para lograr sus propios intereses, sino como aquel que se desvela como Padre creador, que se vuelve sobre cada hombre y cada mujer para moldearlos amorosamente, haciéndolos únicos entre las criaturas y dándole sentido a su propia humanidad.

La presencia permanente activa de Dios en la vida, se revela en su obrar y en su actuar, es decir, Él mismo ayuda “con sus manos” al hombre para que se realice en todos los aspectos de su vida, desde las profundidades de la carne hasta las alturas del Espíritu, ya que sólo en esa totalidad es “imagen y semejanza” suya.

Dios, entonces, está en el dinamismo que empuja al hombre y a la creación a su realización, en la fuerza salvadora que incita, potencia y solicita nuestra vida hacia su plenitud, así, cada vez que ese dinamismo se realiza y esa solicitud es acogida en la libertad, se está ejerciendo y realizando la presencia de Dios. Afirmamos, entonces, que Dios está de verdad allí donde la creación encuentra su camino, se abre paso a través de los obstáculos o resistencias y alcanza su expresión. Él mismo trabaja en su creación, se manifiesta y se goza al ver que ésta se realiza de verdad.

Toda esta exposición la resume Juan en una sola palabra: “Amor”. Es el amor que lo llena todo, que da seguridad a todo y que no está cerrado en el ámbito de la intimidad humana.

La experiencia de cada día verifica que no hay en el mundo nada que transparente tanto a Dios y deje ver con tanta claridad su presencia como un gesto humano verdaderamente amoroso, del tipo que sea. Es como aprender a leer en el amor

humano el amor de Dios y aprender en el amor de Dios el verdadero rostro del amor humano, por tanto, no existen lugares más seguros para percatarse de la presencia de Dios que aquellos en los que se anuncia algún tipo de amor.

Sin forzarnos jamás, pero infinitamente interesado en nuestro destino, Dios nos apoya y acompaña. Se alegra en nuestras alegrías, que son las suyas; lucha en y con nosotros contra nuestros fracasos, que son también los suyos y aguanta, finalmente, nuestras rebeldías, porque, amándonos a nosotros, no puede dejar de respetar nuestra libertad, aunque nunca se resigna y siga, por nuestro bien, llamando y esperando a nuestra puerta. Dios es el gran compañero, el camarada en el sufrimiento que comprende. Es por eso que el amor mismo de Dios consiste en “estar siempre trabajando” contra toda inercia y resistencia, por nosotros y por nuestra salvación. Es, entre otras palabras, compañero, padre, madre y creador.

Dios más que “Señor”, es el “servidor” de sus criaturas; jamás es el “verdugo” de su sufrimiento, sino que siempre, con ellas y a favor de ellas, es la víctima. Él está sosteniendo y apoyando a cada instante, quiere salvar a todos y lo quiere siempre. Dios sale también “derrotado” en las derrotas del bien, porque en su respeto por el mundo y la libertad, tiene que tolerar y sufrir que la maldad se rebele contra Él, acompañando a los buenos, pero amando y llamando a todos, buenos y malos, al amor y a la concordia.

Es Dios mismo quien es y actúa, en el ser y actuar de las criaturas, es como decir que, la “acción” de Dios en las criaturas es hacer que ellas hagan, o sea, es la misma acción de las criaturas la que Dios está haciendo obrar y ser. Es decir, el “hacer” de Dios sólo se manifiesta y resulta real en el “hacer” de la criatura. Así se comprende que cuanto más “hace” Dios, tanto más “hacen” las criaturas y por tanto más “hace” Dios. En resumen, la criatura es ella misma acción de Dios, y acción concreta, densificada, no mera apariencia.

Ahora, el hacer de Dios solo resulta efectivo a través del consentimiento del hombre, Él actúa en la misma acción de la criatura y ésta actúa sostenida por la

acción divina. Cada acción se ejerce en un plano distinto, todo lo hace Dios y todo lo hace la criatura.

Sin embargo, una gran parte del hombre está entregada también a la necesidad, pero la "ley" definitiva de su ser es precisamente la ausencia de ley, la capacidad de construirse a sí mismo escogiendo entre distintas direcciones y posibilidades. El hombre ha sido creado con libertad, una libertad que ni siquiera su creador puede suplantar o manejar. De esta forma entramos al dilema entre la libertad humana y el influjo de la ley divina. Es pensar que si hay libertad no puede haber acción de Dios y si hay acción de Dios supondría una "disminución" de la libertad.

El influjo de Dios consiste precisamente en hacer posible y sostener la libertad, de modo que tal influjo resulta tanto mayor cuanto más libremente actúa el ser humano. La libertad humana es la puerta para la novedad de la intervención divina en el mundo, su realización está en escoger libremente las propias posibilidades, y la suprema apertura y fidelidad a Dios equivale a la suprema iniciativa y originalidad del propio ser.

El hombre se desarrolla libremente en cuanto está en relación con sus hermanos, en cuanto descubra en los otros que son dadores activos de la auténtica revelación de Dios. El hombre en el encuentro con Cristo aprende a amarse a sí mismo, este hombre lleno de Cristo traduce el amor en oblatividad, es decir en amar de verdad al prójimo; esto incluye ya a Dios; amar a Dios significa amarlo a como creador y por ende en Él está ya también incluido el prójimo, de modo que necesariamente amo también a éste al amar a Dios que lo está generando, amando y sustentando.

Hoy en nuestro medio es imposible un amor verdadero sino busca llegar a los hermanos por los nuevos caminos del cambio social, estructural y político. El objetivo fundamental es llegar a un mejor reparto del pan, de la justicia y de las libertades.

Lo verdaderamente real es que siempre Dios está presente, sufriendo Él primero por nuestros límites y haciendo lo posible por superarlos. No está quieto sino

supremamente activo, trabajando, apoyando desde dentro y solicitando insistentemente por fuera la ayuda de los que pasan de largo junto a nuestras heridas. Dios está mirando siempre en su “actuar” la profundidad del hombre y no sus apariencias. Y a pesar de todo lo que haya de malo, Dios está “dentro”, sustentando desde la raíz, haciendo ser e impulsando hacia la realización, no deja nunca de amar y mucho menos retira su ofrecimiento.

Lo más doloroso es que las Iglesias, por su parte, han continuado aferradas a la figura tradicional de un Dios separado –intervencionista en el ámbito natural y autoritario en el espacio de la libertad-, que camina como el rival que niega a la humanidad el derecho al crecimiento.

Se ha olvidado el concepto de Dios que no ha creado hombres y mujeres religiosos sino, simple y llanamente, hombres y mujeres “humanos”. Dios no es, en efecto, nada religioso, porque, si la religión es pensar en Dios y servir a Dios, el Abbá de Jesús no piensa en sí mismo ni busca ser servido. Él piensa en nosotros y busca exclusivamente nuestro bien; no quiere “siervos” ni desea “incensarios” que proclamen su gloria, no quiere grandes instituciones que proclamen glorias aparentes, ni servidores con títulos de grandeza, mucho menos títulos académicos o laborales que separen o diezmen las relaciones humanas. Él nos busca a nosotros, como somos, desnudos delante de su presencia, solo desea nuestra existencia y nuestra felicidad.

Autor: Nixon F. Muñoz Muñoz

Conclusiones del libro

“Recuperar la creación: Por una religión humanizadora”

de Andrés Torres Queiruga.